

FILOSOFIA, LOGICA FORMAL Y ANALISIS DEL LENGUAJE

Por ALFREDO DEAÑO GAMALLO

NUESTRO escrito pretende constituir el esquema de una reflexión en torno al concepto de filosofía. No se trata, sin embargo, de una reflexión en abstracto, sino de una reflexión en diálogo con un determinado contexto filosófico. Este contexto puede ser caracterizado, en lo que a nosotros nos importa, por los siguientes rasgos:

1. En primer lugar, se trata de un ambiente filosófico sobre el que está pesando constantemente la lógica formal: su simple existencia como disciplina constituida, sus desarrollos diversos, sus posibles aplicaciones. Y la lógica formal se presenta como un *lenguaje formalizado*.

2. La filosofía se concibe, no como un cuerpo de doctrina, sino como una actividad. Una actividad que consiste en el *análisis del lenguaje*.

Dos objetivos perseguimos en este trabajo. Por una parte, señalar la utilidad filosófica de la lógica formal. En segundo lugar, mostrar que la filosofía es algo más que análisis del lenguaje. El primer objetivo puede parecer vago, superfluo o trivial. Pero no lo es. Porque esta defensa nuestra de la importancia filosófica de la lógica formal está hecha frente al ataque de quienes practican la filosofía como análisis del lenguaje *ordinario*, y describen su propia actividad por el procedimiento de contraponerla a la que el lógico formal desarrolla. La filosofía es, según ellos, "Lógica *Informal*".

Por tanto, nuestro escrito representa, dicho en síntesis, un esfuerzo por mostrar que no ha lugar al establecimiento de una frontera entre lógica formal y filosofía, y que la lógica formal es un instrumento filosóficamente eficaz *incluso* para una filosofía que se define a sí misma como análisis lógico *informal* del lenguaje *ordinario*. Pero es que además la filosofía no parece ser tan sólo —ni siquiera fundamentalmente, sino, en todo caso, instrumentalmente— análisis lógico informal del lenguaje ordinario.

Con vistas a cumplir nuestro primer objetivo, hemos de terciar en la discusión entre “construccionistas” y “naturalistas”. P. F. Strawson, uno de los más notables representantes del naturalismo lingüístico en filosofía, se ha referido a esta discusión al menos en tres ocasiones: en la conferencia “Construcción y Análisis”, incluida después en el volumen *La Revolución en Filosofía*;¹ más tarde, en su intervención en los Coloquios de Royaumont, que versó sobre el tema “Análisis, Ciencia y Metafísica”;² y, por último, en su contribución al volumen sobre *La Filosofía de Rudolf Carnap*.³ Al escrito citado en tercer lugar hemos de referirnos más adelante. Permítanos ahora, a fin de centrar nuestra argumentación, presentar un resumen de los dos primeros artículos que acabamos de mencionar.

Comienza Strawson con el relato del fracaso del primitivo programa del análisis, es decir, el programa analítico de Russell y el primer Wittgenstein, el Wittgenstein del *Tractatus Logico-Philosophicus*. La concepción del análisis, en la etapa clásica de su desarrollo, era “la de una especie de traducción, o, quizá mejor, la de una especie de paráfrasis”, una traducción “desde una forma menos explícita a otra más explícita, o desde una forma equivocada a otra que no lo era”.

Pero he aquí que esta concepción del análisis como paráfrasis o de la paráfrasis adecuada como objetivo final del análisis chocó

¹ *Construction and Analysis*, en “The Revolution in Philosophy”. London, Macmillan, 1956. “La revolución en filosofía”. Trad. esp. de M. Macao de Lledó. Madrid, R. de O., 1958, pp. 117-33.

² *Analyse, Science et Métaphysique*, en Cahiers de Royaumont. Philosophie N. IV: *La Philosophie Analytique*. Paris, Les Éditions de Minuit, 1962, pp. 105-38.

³ *Carnap's Views: on Constructed Systems versus Natural Languages in Analytical Philosophy*, en “The Philosophy of Rudolf Carnap”. Ed. by P. A. Schilpp. La Salle, Illinois, Open Court Publishing Company, 1963, pp. 503-18.

con dificultades insalvables. “Los enunciados del lenguaje ordinario parecían resistirse de alguna manera a las expansiones simplificadoras que la teoría había preparado para ellas. Incluso las brillantes glosas de Russell sobre la estructura de los lenguajes ordinarios en términos de la sintaxis de la nueva lógica formal empezaron a parecer al final un poco extrañas”.⁴

¿Qué postura adoptar ante este fracaso? De hecho se adoptaron fundamentalmente dos: por una parte, “el distanciamiento de las formas del lenguaje ordinario conservando gran parte del aparato del programa original del análisis”. Por otra parte, la atención a las formas del lenguaje ordinario asumiendo al propio tiempo “una concepción notablemente modificada y ampliada de la naturaleza y técnicas del análisis”. Representantes fundamentales de la primera postura: Carnap y Quine; de la segunda, Austin y Ryle.

Los miembros de lo que Strawson llama “Escuela Americana” utilizan el método construccionista, esperando obtener rendimiento filosófico de la reconstrucción, purificación y simplificación del lenguaje. En este sentido, su máxima fuente de inspiración y fundamentación es el lenguaje formalizado de la lógica formal, porque la lógica “proporciona un armazón de lenguaje en el cual el significado de cada elemento es absolutamente preciso y la articulación de los elementos absolutamente clara”, y haciendo uso de este “mecanismo lingüístico básico” pueden ser contruidos “otros sistemas de conceptos en los que las relaciones mutuas de las partes tendrán la misma claridad y precisión que en la lógica formal”.⁵ Estos lenguajes así contruidos siguiendo el modelo del lenguaje simbólico de la lógica son, desde luego, artificiales. Pero en esto justamente radica “la superioridad filosófica de la construcción de sistemas sobre el intento de analizar el lenguaje ordinario”. La construcción de lenguajes nos depara la posibilidad de examinar el funcionamiento de determinadas zonas o aspectos de nuestro lenguaje de una forma más simple y exacta. En esos lenguajes artificiales “todas las relaciones lógicas esenciales de nuestros conceptos pueden esclarecerse, mientras se prescinde de las complejidades irrelevantes del uso actual”.⁶ El método de la filosofía sería el de “reconstrucción lingüística”: elaboración de sistemas formales que emplean el aparato de la lógica moderna, y en los cuales los con-

⁴ C. y A., pp. 119-121. A. S. et M., pp. 105-6.

⁵ C. y A., pp. 121-2. A. S. et M., p. 107.

⁶ C. y A., pp. 122-4.

ceptos que constituyen el contenido del sistema se introducen por medio de axiomas y definiciones.⁷

Frente a este método tenemos aquel otro que consiste en prestar la máxima atención al uso ordinario de nuestro lenguaje. Si el método anterior tiene el atractivo de “ofrecernos algo claro y ordenado en lugar de algo aparentemente confuso e impreciso”, también esta nueva manera de hacer filosofía parece reunir considerables ventajas. Lo que pretendemos es llegar a un entendimiento de “los conceptos y categorías en términos de los cuales desarrollamos nuestro pensar”. No sólo nuestro pensar técnico, sino también nuestro pensar común, cotidiano. Porque, efectivamente, los grandes problemas filosóficos tienen su origen en las ideas más ordinarias, más domésticas, y no es cosa de pensar que nuestro lenguaje cotidiano —sometido como está al *test* más prolongado y difícil, que es el del “uso constante”— confunde y distorsiona esas ideas, sino más bien todo lo contrario. Si queremos alcanzar una comprensión adecuada de cómo funcionan nuestros conceptos, hemos de observarlos en funcionamiento, hemos de examinar su uso ordinario en el lenguaje cotidiano. El primitivo programa analítico no logró reducir el lenguaje ordinario porque su concepción del análisis era excesivamente rígida y estrecha. Demasiado rígida, ya que suponía que entre los conceptos existen relaciones perfectamente trazadas, cuando en realidad no es así. Demasiado estrecha, puesto que consideraba filosóficamente irrelevantes y, por lo tanto, indignos de atención, “otros muchos rasgos completamente diferentes del funcionamiento del lenguaje”. En cambio, el nuevo método de análisis, el método de descripción lingüística, aspira a dar cuenta de “los funcionamientos lógicos muy complejos que nos presentan los conceptos de la vida cotidiana. No se trata de prescribir el funcionamiento modelo de palabras modelo, sino de describir el funcionamiento efectivo de palabras reales: no de establecer reglas, sino de observar usos”.⁸

Tenemos, pues, por una parte, a los “constructores filosóficos de lenguajes artificiales”, y, por otra, a “los investigadores filosóficos de los lenguajes naturales”.⁹ ¿Qué pensar de las relaciones entre ambos métodos? No hay por qué suponer que esas relaciones son de oposición. “Hasta cierto punto, por lo menos, cada

⁷ A. S. et M., p. 107.

⁸ A. S. et M., p. 107.

⁹ C. y A., p. 126.

método puede considerarse como complementario del otro". La reconstrucción de ciertas regiones del lenguaje en sistemas formales puede ilustrarnos sobre los aspectos correspondientes de los lenguajes naturales, y, a su vez, la observación minuciosa de los lenguajes naturales puede servir de guía en la construcción de lenguajes artificiales. Los dos métodos son irreductibles, pero no inconciliables. Sin embargo, añade Strawson, "yo soy lo suficientemente extremista como para desear trastornar un poco la simetría de este amable cuadro —o, tal vez diría mejor, lo suficientemente precavido como para querer delimitar las esferas de influencia". Para ello nada mejor que exponer los aspectos fundamentales de la actividad filosófica.

Brevemente diremos que, para Strawson, hay, en la práctica de la filosofía, dos tendencias distintas: de un lado, tendencias *analíticas*; de otro lado, tendencias *imaginativas*. Vamos primero con las tendencias analíticas. Hay tendencias analíticas *terapéuticas* y tendencias analíticas *sistemáticas*. El análisis terapéutico es aquel cuyo único objetivo es la disolución de perplejidades filosóficas mediante una puesta en claro de la lógica del lenguaje. El análisis sistemático es una descripción ordenada de los caracteres lógicos de nuestros conceptos y formas de lenguaje, más allá de lo estrictamente necesario para el desenmarañamiento de enredos lingüísticos.

Por su parte, las tendencias *imaginativas* en filosofía se bifurcan en *explicativas* —examen del modo según el cual nuestros conceptos, tal y como son, están relacionados con el mundo, tal y como es— e *inventivas* —consideración de cómo, sin que cambiara en lo fundamental la naturaleza del mundo, podríamos sin embargo observarlo a través de una estructura conceptual distinta.¹⁹

Veamos ahora cuál es la importancia que Strawson concede a cada uno de los dos métodos en cada una de estas cuatro posibles orientaciones de la actividad filosófica.

Por lo que se refiere al *análisis terapéutico*, está claro que el método descriptivo de las formas del lenguaje natural desempeñará el papel decisivo, mientras que el método de construcción de sistemas lingüísticos artificiales "será, en el mejor de los casos, una ayuda secundaria". La distribución de influencias es, en el caso del *análisis sistemático*, ligeramente —sólo ligeramente— distinta. Porque, aun cuando no hay que exagerar las diferencias

¹⁹ C. y A., pp. 126-130.

entre la construcción de un segmento de lenguaje artificial y la descripción sistemática del funcionamiento del lenguaje natural, lo cierto es que los elementos del lenguaje vivo “tienen funciones de una inmensa diversidad, y sólo unas pocas de entre esas funciones pueden ser reproducidas mediante las construcciones lógicas”.¹¹

La facilidad en el manejo de técnicas para la construcción de sistemas no supone tampoco una ayuda directa en la tarea *explicativa*. Pero no podemos decir lo mismo en el caso de las tendencias *inventivas* o *constructivas*. Aquí sí tiene importancia el método de construcción de sistemas lingüísticos artificiales. Para imaginar cómo podríamos comprender la realidad a través de otro aparato conceptual no es suficiente la observación penetrante y cuidadosa de los hechos lingüísticos. El método constructorista “no nos ayuda nada en la comprensión de por qué pensamos y hablamos como de hecho pensamos y hablamos. Pero podría muy bien ayudarnos a imaginar cómo podríamos pensar o hablar de otra manera”.¹² En efecto: “el constructor de sistemas, guiado por ciertos ideales de elegancia y exactitud casi matemáticas, nos proporciona modelos de formas de pensar y hablar que podríamos haber usado, de haber sido unas criaturas menos complejas y estratificadas de lo que somos”.¹³

Strawson concluye afirmando que “los dos métodos no son modos antagónicos de alcanzar el mismo fin, en cuyo caso uno tendría que ser falso si el otro era cierto. Son, en parte, métodos complementarios de alcanzar un fin, y, en parte, son los dos métodos apropiados y estrechamente relacionados para alcanzar fines distintos, aunque muy próximos”.¹⁴

Hasta aquí, las palabras de Strawson. Hemos ahora de ver si es justa esta valoración de la eficacia filosófica de ambos procedimientos.

Comencemos por el final, es decir, por el aspecto inventivo de la imaginación filosófica. Es casi exclusivamente aquí, según Strawson, donde se pone de manifiesto la importancia del método de construcción de sistemas para la práctica de la filosofía. Pero esa importancia es mayor y más profunda de lo que Straw-

¹¹ C. y A., p. 121 A. S. et M., p. 112.

¹² A. S. et M., p. 117.

¹³ C. y A., pp. 131-2.

¹⁴ C. y A., pp. 132-3.

son está dispuesto a conceder. Que el construccionismo sea filosóficamente importante se debe a la naturaleza misma del lenguaje. Según Chomsky, por ejemplo, el fenómeno fundamental con el que debe enfrentarse y del que debe dar cuenta toda teoría del lenguaje es éste: el usuario de un lenguaje puede, en un momento apropiado, construir una oración *nueva*: y sus interlocutores entienden esa oración aunque también para ellos sea nueva. “La clase de las oraciones que podemos manejar con fluidez y sin dificultad ni duda es tan vasta que, para todos los propósitos prácticos (y, evidentemente, para todos los propósitos teóricos), podemos considerarla como infinita”.¹⁵ La iniciativa del hablante no conoce límites en el manejo de los elementos de su lenguaje para la producción de nuevas combinaciones de éstos. Somos capaces de formar y somos capaces de entender oraciones que no hemos aprendido previamente como tales. “Este aspecto ‘creador’ del lenguaje es su característica esencial”.¹⁶ Hablar un lenguaje no consiste en saber imitar expresiones con las que ya nos hayamos tropezado, sino, por el contrario, en saber “producir libremente y entender expresiones que no habíamos encontrado nunca antes”. Este rasgo del lenguaje “debe estar apoyado en mecanismos recursivos, y, por ello, no puede ser reducido a cualesquiera propiedades del léxico del lenguaje (necesariamente finito). Por otra parte, está claro que puesto que lo que aprendemos cuando aprendemos un lenguaje es precisamente cómo producir y entender nuevas oraciones, tal aprendizaje debe ser explicado como la asimilación de este mecanismo recursivo”.¹⁷ El que aprende un lenguaje aprende una serie de elementos y aprende también y sobre todo una serie de recursos para operar con ellos creando formaciones nuevas de los signos de ese lenguaje. En la labor de los escritores y en la de los constructores de lenguajes con fines científicos o filosóficos es tal vez donde esta posibilidad que tiene el lenguaje de ser recreado constantemente se desarrolla de una manera más premeditada. Los grandes escritores no hacen sino explotar de forma consciente y refinada el aspecto creador —el aspecto fundamental— del uso del lenguaje. Y los constructores de len-

¹⁵ CHOMSKY: *Current Issues in Linguistic Theory*. En “The Structure of Language”. *Readings of Philosophy of Language*. Englewood Cliffs, N. Jersey, Prentice Hall, 1964, pp. 50-114. p. 50.

¹⁶ CHOMSKY, *op. cit.*, p. 51.

¹⁷ FODOR Y KATZ: *Introducción a “The Structure of Language”*, cit., p. 11.

guajes artificiales, los reconstructores del lenguaje, no hacen sino encauzar y prolongar el lenguaje en beneficio de la filosofía o de las ciencias, orientar sistemáticamente en un determinado sentido las posibilidades de transformación y expansión continua que el lenguaje lleva dentro como su característica más profunda: Algo así viene a decir Quine: "Hay filósofos... que tratan el lenguaje ordinario como si fuera sacrosanto. Exaltan el lenguaje ordinario hasta la exclusión de una de sus características propias: su tendencia a continuar desarrollándose. El neologismo científico no es más que la evolución del lenguaje hecha autoconsciente, del mismo modo que la ciencia es sentido común autoconsciente. Y la filosofía, siendo como es un esfuerzo de aclaración de las cosas, no tiene por qué distinguirse, en los puntos esenciales de propósito y método, de la buena y la mala ciencia".¹⁸ El constructor de lenguajes no hace otra cosa que seguir su *conducta lingüística ordinaria*, controlándola y conduciéndola con plena conciencia en una dirección determinada. Si el lenguaje no es algo ya dado de una vez por todas, sino que, muy al contrario, la creación de formaciones lingüísticas nuevas, de nuevos usos de expresiones, es la faceta más importante del comportamiento normal en el empleo del lenguaje, entonces la creación de formaciones nuevas y de nuevos usos con una finalidad filosófica será asimismo un modo ordinario, aunque transportado a un nivel superior, de proceder lingüístico. Así pues, en lo que se refiere a la orientación inventiva de la actividad filosófica, la importancia de la construcción de modelos artificiales de lenguaje, la fecundidad del método de reconstrucción lingüística, no puede ser puesta en duda. Recordemos, sin embargo, que esos lenguajes artificiales se construyen sobre la base y el modelo del lenguaje de la lógica. Por lo tanto, lo que se ha dicho de la importancia filosófica de la construcción de esos lenguajes y de la importancia filosófica de esos lenguajes una vez construidos, en el fondo ha de ser afirmado también del lenguaje de la lógica formal.

Por la vía de la importancia filosófica indudable de los lenguajes artificiales llegamos a la evidencia de la importancia filosófica de la lógica formal. También podría llegarse al mismo punto por la vía de la ciencia del lenguaje. Beth, en los Coloquios de Royaumont, llama la atención sobre el siguiente hecho: "La lógica moderna... se ocupa exclusivamente de los lenguajes en tanto que medios de expresión de teorías deductivas... Es a la *lingüística ge-*

¹⁸ QUINE: *Word and Object*. Cambridge, Mass., 1960, pp. 3-4.

neral a la que corresponde explicar cómo el lenguaje natural llega a cumplir tantas y tan diversas funciones. Aunque, entre estas funciones, la de servir como medio de expresión de teorías deductivas no ocupa sino un lugar muy secundario . . . , es interesante observar que ciertas tendencias recientes en lingüística manifiestan una afinidad notable con la lógica moderna y sobre todo con la sintaxis lógica. Citemos la *lingüística estructural* de Zellig S. Harris y la *glosemática* de Hjelmslev”.¹⁹ Esta afirmación de Beth nos lleva a la consideración de la importancia del método construccionista y, en último término, de la lógica formal, para las restantes tendencias de la actividad filosófica: la tendencia analítica terapéutica, la tendencia analítica sistemática y la tendencia imaginativa explicativa.

Convendremos en definir la lógica formal como aquella disciplina que se ocupa de estudiar los principios de la inferencia válida.²⁰ Es misión suya la de presentar las condiciones de la validez *formal* de nuestros razonamientos, las reglas *generales* —aplicables a cualquier contenido, a todos los contenidos— que rigen la realización de inferencias.²¹ A la lógica formal le interesa examinar y exhibir la estructura de las inferencias con vistas a determinar cuáles, de entre estas inferencias, son *formalmente* válidas, verdaderas en virtud de su forma y no en virtud de su correspondencia o no correspondencia con los hechos.²²

Quine prefiere caracterizar la lógica por su vocabulario, más bien que por su objeto. Recurriendo al vocabulario “es fácil hacer una distinción superficial entre las verdades de la lógica y los enunciados verdaderos de otro tipo”.²³ La peculiaridad de aquellos enunciados que son lógicamente verdaderos es ésta: “partículas básicas como ‘es’, ‘no’, ‘y’, ‘o’, ‘si’ ‘entonces’, ‘ni’, ‘algunos’, ‘todos’, etc., intervienen en estos enunciados de tal manera que dichos enunciados son verdaderos independientemente de sus restantes elemen-

¹⁹ BETH: *Les Rapports entre Langues Formalisées et Langue Naturelle*. En Cahiers de Royaumont. Philosophie N. IV: “La Philosophie Analytique”, cit., pp. 248-260, pp. 254-5.

²⁰ W. y M. KNEALE: *The Development of Logic*. Oxford, at the Clarendon Press, 1962, p. 1.

²¹ WARNOCK: *English Philosophy since 1900*. N. York, Oxford University Press, 1966, pp. 80-1.

²² HUGHES Y LONDEY: *The Elements of Formal Logic*. London, Methuen, 1965, p. 6.

²³ QUINE: *Mathematical Logic*. Cambridge, Harvard University Press, 1951, p. 1.

tos”.²⁴ Según Quine, una palabra puede intervenir en un enunciado de dos maneras: o bien *esencialmente* —cuando la sustitución de esa palabra por otra puede convertir el enunciado en un enunciado falso —o bien *vacuamente*, cuando la sustitución no entraña esa posibilidad. Pues bien: “podemos describir las verdades lógicas como aquellas verdades en las que únicamente las partículas básicas a que hemos aludido intervienen esencialmente”.²⁵ Dicho de otra manera: “La lógica tiene como objeto los términos del vocabulario lógico, los cuales se organizan en ciertas estructuras. Cuando las estructuras en cuestión son verdaderas con independencia de los términos no lógicos engastados en ellas, el resultado son verdades lógicas. Se dice por ello que un enunciado es lógicamente verdadero cuando lo es únicamente en virtud de su estructura o de su forma”.²⁶ Quine, según acabamos de ver, prefiere definir las verdades lógicas mediante la especificación de cuáles son las palabras que intervienen *esencialmente* en ellas. ¿Cuál es, sin embargo, la manera peculiar —puesto que efectivamente se trata de una manera peculiar— de determinar la verdad de los enunciados de la lógica? A este respecto Quine establece una contraposición entre la lógica y, por ejemplo, la geología: para averiguar qué enunciados son verdades de la geología no basta con inspeccionar esos enunciados; es menester inspeccionar asimismo los hechos a los que esos enunciados se refieren. No así en lógica o en matemáticas. Las verdades lógicas son reconocibles como tales “simplemente examinando el enunciado y reflexionando o calculando”. Por lo tanto, “en la medida en que la verdad lógica es discernible, los modelos de verdad lógica pueden ser formulados meramente en términos de más o menos complejos rasgos notacionales de enunciados”.²⁷ Así pues, un primer paso importante en este sentido será “*la revisión y esquematización del lenguaje con vistas a expresar de la forma más simple posible los rasgos relevantes de los enunciados*”, dando de este modo al lenguaje de la lógica “la forma más económica y esquemática”²⁸. El lenguaje ordinario, por razones obvias, no da ciertamente facilidades para que la presentación de formas válidas de inferencia pueda llevarse a cabo en él con la precisión, el rigor y la limpieza necesarios. En el len-

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ QUINE: *Mathematical Logic*, cit., p. 2.

²⁶ J. FERRATER MORA: *Diccionario de Filosofía*. B. Aires, Ed. Sudamericana, 5a. ed. 2 vols., 1965. Vol. II, Artículo “Lógica”, p. 77.

²⁷ QUINE, *op. cit.*, pp. 3-4.

²⁸ QUINE, *op. cit.*, p. 5. El subrayado es nuestro.

guaje ordinario encontramos formuladas inferencias, argumentaciones, razonamientos, cuya validez o no validez es en ocasiones difícil de decidir por razón de la complejidad de este nuestro lenguaje usual, que, en el mejor de los casos, arroja la forma lógica de una inferencia con una serie de connotaciones irrelevantes de todo tipo. Es por esto por lo que la lógica formal se ve obligada a echar mano de un lenguaje artificial en el que la forma lógica se muestre, para emplear la expresión de Wittgenstein, un lenguaje en el que se áisle la forma lógica.

Por consiguiente, la lógica se presenta como un *lenguaje formalizado*. Recordemos la distinción entre *cálculo* y *lenguaje formalizado*. Un cálculo es un sistema compuesto por los siguientes elementos: en primer lugar, un repertorio de símbolos primitivos; en segundo lugar, un conjunto de reglas llamadas “de formación”, que especifican cuáles son las combinaciones que podemos llevar a cabo a base de esos símbolos elementales; y un conjunto de “reglas de transformación” que indican cómo pueden ser transformadas unas formaciones de símbolos elementales en otras. La construcción de un cálculo no es, por consiguiente, sino la construcción de un armazón sintáctico: unos símbolos, y unas reglas explícitas y precisas que gobiernan su manejo. Al *interpretar* un cálculo, es decir, al proveer de significado a los diversos elementos de ese cálculo, obtenemos un *lenguaje formalizado*. Un lenguaje formalizado consiste, pues, en un cálculo con una determinada interpretación: es un *lenguaje* (puesto que sus elementos, al ser interpretados, adquieren significado), con la estructura de un cálculo. Pues bien: el lenguaje formalizado de la lógica es el resultado de interpretar los elementos de un cálculo con las nociones de la lógica: la noción de proposición, la noción de predicado, la noción de sujeto, la noción de relación, la noción de clase, etc.²⁹

“De todo aquello que en la lógica matemática recibe una formulación precisa, una parte importante está ya presente de una forma vaga como ingrediente básico del discurso cotidiano”.³⁰ Hemos dicho ya que en el lenguaje ordinario nos encontramos con inferencias, argumentaciones, pruebas. Quiere esto decir que en el len-

²⁹ Cfr., por ejemplo, SACRISTÁN: *Introducción a la Lógica y al Análisis Formal*. Barcelona, Ariel, 1964, pp. 45-50. Jørgen Jørgensen: *Some Remarks Concerning Languages, Calculuses and Logic*, en “Logic and Language”. Dordrecht-Holland, D. Reidel Publishing Company, 1962, pp. 27-38, pp. 35-8.

³⁰ QUINE: *Mathematical Logic*, cit., p. V.

guaje ordinario hallamos expresiones de carácter lógico formal, expresiones que indican relaciones lógicas entre proposiciones o conceptos. Lo que el lógico formal hace es extraer del lenguaje natural esas expresiones, aislarlas, e integrarlas en el armazón de un cálculo, interpretando con ellas la estructura de ese cálculo en todos sus elementos. De esta forma, según hemos visto, se constituye el lenguaje formalizado de la lógica. Y la composición de este lenguaje formalizado, que es una actividad de síntesis, presupone un análisis de aquellas partes o aspectos del lenguaje ordinario que se tratan de formalizar. Cada apartado de la lógica formal presupone un tipo distinto de análisis del lenguaje ordinario. Así, el lenguaje formalizado de la lógica de las proposiciones presupone un análisis en el que los elementos últimos son proposiciones sin analizar. En ellas se detiene el análisis. Por el contrario, la lógica de predicados supone un análisis previo que penetra en la estructura de las proposiciones llegando hasta los elementos que las componen. La actividad sintética de construcción de lenguajes formalizados se inspira en una previa actividad analítica: un análisis del lenguaje cuyo término *ad quem* se halla determinado por la clase de interpretación que queramos hacer de la estructura del cálculo. Podemos dar la razón a Strawson cuando nos dice, a propósito de la construcción de cualquier lenguaje con fines de esclarecimiento filosófico, que “si el modo claro de funcionar de los conceptos contruidos ha de arrojar luz sobre problemas y dificultades que tienen su origen en el modo poco claro de funcionar de los conceptos no contruidos, entonces precisamente las maneras según las cuales los conceptos contruidos están conectados con los conceptos no contruidos, y las maneras según las cuales se apartan de ellos han de ser mostradas claramente”. La mostración de estas conexiones y diferencias no puede, en efecto, hacerse sin “una descripción cuidadosa de los modos de funcionar de los conceptos no contruidos”. Y hacer esto —Strawson se apresura a traer el agua a su molino— no es sino “describir la conducta lógica de las expresiones de los lenguajes naturales”.³¹ Podemos llegar incluso a conceder esto.

Pero si la construcción presupone una descripción, si la síntesis presupone un análisis, también es cierto que los logros de la síntesis —el lenguaje formalizado— facilitan a su vez un ulterior análisis sobre el mismo objeto: el lenguaje natural. La estructura del cálculo y la serie de precisiones inherentes a la interpretación

³¹ STRAWSON: *Carnap's Views on Constructed...*, cit., p. 513.

apropiada de los diversos tipos de símbolos de que ese cálculo consta nos deparan la posibilidad de llevar a cabo un análisis más riguroso de los enunciados del lenguaje común, tanto si se trata de un análisis practicado con la intención de disolver algún pseudoproblema que el lenguaje ha suscitado, como si se trata de sistematizar una región de nuestro lenguaje ordinario en busca de una mejor comprensión de nuestras estructuras conceptuales. En cuanto a la tendencia explicativa de la actividad filosófica, es decir, aquella que aspira a mostrar "cómo está enraizada la naturaleza de nuestro pensamiento en nuestra naturaleza y en la naturaleza del mundo",³² hemos de decir esto mismo, aunque quizá en sentido más débil, pues aquí se trataría de confrontar el resultado del análisis sistemático de nuestras formas de lenguaje con el resultado del análisis de la naturaleza del mundo. Por lo tanto, como balance de nuestra discusión de la tesis de Strawson, tenemos que afirmar que la importancia filosófica de la lógica formal se pone de manifiesto, de una manera *indirecta*, en los aspectos explicativo y constructivo de la imaginación filosófica, y, de una manera *directa*, en los aspectos terapéutico y sistemático del análisis filosófico del lenguaje.

Resulta por ello un tanto extraño ver definida la filosofía como *Lógica Informal*. Ciertamente, esa labor de síntesis que lleva a la construcción de un lenguaje formalizado se basa en un análisis explícitamente restringido, en un análisis de zonas y funciones muy concretas del lenguaje natural: en consecuencia, el análisis ulterior que llevemos a cabo guiados por la estructura de referencia que esa actividad de síntesis nos proporciona tendrá asimismo un alcance limitado. Podemos prever que ese alcance será limitado, y podemos prever incluso dónde se hallan sus límites. No es posible, sin embargo, trazarlos. No sería conveniente imponérselos. Su única limitación debe ser aquella que venga dada por su falta de rendimiento en la práctica, falta de rendimiento que se hará manifiesta en el hallazgo de aspectos del lenguaje que se le muestran irreductibles.

Los filósofos del lenguaje ordinario han pretendido trazar los límites del análisis lógico formal del lenguaje: han pretendido determinar dónde limita la lógica formal con la filosofía. Según ellos, la filosofía, como intento de esclarecimiento de nuestro aparato conceptual, dispone de un buen método para alcanzar sus objetivos: el análisis del lenguaje ordinario, el examen del uso en el lenguaje ordinario de las expresiones filosóficamente enjundiosas. Y ese uso es

³² C. y A., p. 129.

demasiado complejo, demasiado irregular, demasiado libre, para dejarse aprisionar en unos moldes como los que el lenguaje formalizado de la lógica le ofrece. El análisis del lenguaje, si quiere hacer justicia a su objeto, no puede ser un análisis lógico formal. La lógica del lenguaje ordinario es una lógica *informal*. La aplicación del análisis lógico formal al lenguaje ordinario no sólo es ineficaz desde el punto de vista filosófico, sino positivamente peligroso.

En su ponencia ya citada sobre "Relaciones entre lenguajes formalizados y lenguaje natural", presentada a los Coloquios de Royaumont, se pregunta Beth: "¿No tienden los filósofos analíticos a subestimar la importancia filosófica de la construcción y el estudio de los lenguajes formalizados?"³³ La respuesta a esta cuestión parece que ha de ser afirmativa. Desde luego, los filósofos del lenguaje ordinario no tienen otro remedio que conceder a la lógica formal una mínima intervención en los asuntos de la filosofía. Según Ryle, por ejemplo, la relación que media entre el filósofo y el lógico formal guarda cierta similitud con la que hay entre el cartógrafo y el geómetra. Cuando el cartógrafo examina los distintos accidentes del terreno con vistas a confeccionar el mapa de una región determinada, no se encuentra con líneas rectas o planos perfectos como los de la geometría. "Pero el cartógrafo no podría llevar al mapa los setos sinuosos o los prados ondulantes a no ser por comparación con las líneas y los niveles de regularidad ideal en términos de los cuales puede calcular las posiciones y alturas relativas de los objetos naturales que ha de registrar a base de sus observaciones".³⁴ La geometría es para el cartógrafo un ineludible marco de referencia. La lógica formal ofrece al filósofo modelos de exactitud. La lógica formal es para el lógico informal un ejercicio de precisión, un adiestramiento en el rigor, como la instrucción para el soldado.

Los filósofos del lenguaje ordinario, pues, reconocen, como no podían por menos de hacer, que la lógica formal interviene en la filosofía, y que su intervención resulta eficaz. Pero ponen un empeño excesivo en señalar los límites de esta intervención. Ryle y Strawson³⁵ convierten el problema de la distinción entre el alcance de la actividad del lógico formal y el alcance de la actividad del filósofo en la cuestión preliminar más importante con la que la filosofía de-

³³ BETH: *Les Rapports...*, cit., p. 249.

³⁴ RYLE: *Dilemmas*. The Turner Lectures 1953. Cambridge, at the University Press, 1954, p. 123.

³⁵ RYLE: *Dilemmas*, cit. Strawson: *Introduction to Logical Theory*. London, Methuen, 1953.

be enfrentarse. La filosofía comienza distinguiéndose a sí misma de la lógica formal. La actividad filosófica queda caracterizada, en su índole, en su método y en su objeto, por contraste con la lógica formal. No sólo se determina por principio los límites de la lógica formal con la filosofía, sino que se hace uso de tal determinación como del modo más adecuado de definir la actividad filosófica. ¿Por qué tratar de fijar esos límites? Semejante intento de determinación parece ocioso: “La elección de un método para la solución de un problema filosófico dado debe ser decidido en cada caso por consideraciones prácticas. Nosotros, los construccionistas, no pretendemos que nuestro método sea el único para la solución de problemas filosóficos, ni el mejor en todos los casos. Pero los naturalistas (este es el nombre que Carnap da a los filósofos del lenguaje ordinario), no deberían tampoco tener estas pretensiones con respecto a su propio método”.³⁶ No hay por qué tender una alambrada entre construcción y análisis, delimitando de una vez por todas sus respectivas competencias filosóficas. Con mayor razón aún podemos decir que no hay por qué tender una alambrada entre lógica y filosofía. Dejemos que sea la práctica del análisis la que nos diga hasta dónde puede llegar en filosofía la ayuda de la lógica formal. Dejemos que el análisis lógico formal llegue hasta donde pueda. Lo que sí hay que hacer —y ya lo hacen los lógicos formales— es prevenirnos de que no puede llegar a todas partes con éxito. Claro que la suspicacia de los filósofos del lenguaje ordinario respecto de la utilidad que a la filosofía pueda reportar la lógica formal es perfectamente psicoanalizable: se trataría de una reacción de defensa contra el atomismo lógico y el empleo filosófico abusivo —restrictivo del ámbito de la filosofía— que Russell y el primer Wittgenstein hicieron de la lógica formal. El atomismo lógico sería, para emplear la fórmula de Strawson, un caso típico de “desequilibrio conceptual”. El desequilibrio conceptual es “una especie de unilateralidad transitoria de la visión, una especie de ceguera selectiva que prescinde de la mayor parte del campo visual y se fija tan sólo en un aspecto que sobresale con gran brillantez”. El “desequilibrado conceptual” puede estar temporalmente obsesionado por “un procedimiento lógico de operar con expresiones, o por un modo de usar el lenguaje, o por un tipo lógico de objetos”, etc., y pretende “ver algo que es diferente en términos de o por analogía con ese modelo pri-

³⁶ CARNAP: *P. F. Strawson on Linguistic Naturalism*, en “The Philosophy of R. C.”, cit., pp. 933-40, p. 936.

vilegiado”.³⁷ Desde este punto de vista, el atomismo lógico no sería sino “el intento de encontrar en el discurso empírico ordinario la estructura formal real que Russell y Wittgenstein, animados por los avances de la lógica, creían que debía ser encontrada”.³⁸ Puede que esto sea cierto. Pero Strawson —y, en general, los filósofos del lenguaje ordinario— harían bien en no hacer extensivo a los lógicos formales e incluso a la lógica formal misma las acusaciones de unilateralismo lingüístico, reduccionismo o imperialismo formalizador que presuntamente pueden ser hechas al atomismo lógico. Quine llama la atención³⁹ sobre un detalle muy significativo en la “Introducción a la Teoría Lógica” de Strawson: en ningún momento aparecen en la obra referencias concretas que sirvan para identificar a ese “lógico formal” que, cual enemigo embozado, está al acecho del lenguaje ordinario con la intención aviesa de secuestrarlo y aprisionarlo en la cárcel de la lógica.

Es llamativo el hecho de que los filósofos del lenguaje ordinario, al mismo tiempo que ponen especial énfasis y cuidado en distinguir su propia actividad de la del lógico formal, designen, sin embargo, su filosofía con el nombre de “lógica” (“Lógica Informal”, “Lógica del lenguaje”). Podría pensarse que esto no pasa de ser una simple metáfora, un uso analógico del término. Hemos visto ya cómo los filósofos del lenguaje ordinario no niegan que esta analogía exista. El lógico informal es al lógico formal lo que el cartógrafo al geómetra. El lógico informal desarrolla una actividad similar a la del lógico formal: ocurre simplemente que el objeto sobre el que versa su actividad —la conducta “lógica” de ciertas expresiones del lenguaje ordinario filosóficamente importantes— es algo tan irregular, tan sinuoso, tan complejo, que requiere, para ser adecuadamente examinado, unos mecanismos de análisis menos rígidos, más flexibles que los proporcionados por la lógica formal.

Podríamos decir que el lógico informal es un “guerrillero de la lógica”, y que se relaciona con el lógico formal como el guerrillero con el soldado del ejército regular. Y no se trata simplemente de decir, como hacen con frecuencia los filósofos del lenguaje or-

³⁷ STRAWSON: *Carnap's Views...*, cit., p. 514.

³⁸ STRAWSON: *loc. cit.*

³⁹ QUINE: *Mr. Strawson on Logical Theory*. *Mind* LXII (1953), pp. 433-51. Reimpreso en “*Contemporary Readings on Logical Theory*”. Ed. by I. M. Copi and J. A. Gould. N. York, Macmillan, 1967, pp. 236-52, p. 250.

dinario,⁴⁰ que en algunos casos —por la naturaleza del enemigo al que se hace frente, por las características del terreno en el que la contienda se desarrolla— no hay más remedio que emplear la guerra de guerrillas en lugar de la guerra convencional. Se trata sobre todo de insistir en la idea de que tanto la guerra de guerrillas como la guerra convencional *son formas de intentar ganar la guerra*. La guerra de guerrillas es la *adaptación* de las técnicas de la guerra a unas circunstancias bélicas peculiares. Según Ryle, la lógica formal y la lógica informal están, respecto del filósofo, en la misma relación que el campo de instrucción y el campo de batalla respecto del soldado. Pues bien: el soldado, en el campo de batalla, no hace sino *aplicar*, de forma adecuada a los pormenores de la lucha, las técnicas que ha aprendido en el campo de instrucción. Y en el análisis del lenguaje ordinario el filósofo no hace otra cosa que *aplicar, implícita* o explícitamente, las técnicas analíticas de la lógica formal. Precisamente si podemos decir que el lenguaje ordinario es considerablemente complejo y que las posibilidades de su uso se abren en numerosas direcciones es por referencia a los modelos que la lógica formal nos proporciona. *La lógica formal es la cobertura del análisis del lenguaje*. El análisis del lenguaje ordinario es análisis lógico formal aplicado al lenguaje ordinario. Y después de todo, si llegáramos a la conclusión de que muchos rasgos del lenguaje ordinario son irreducibles al análisis lógico formal, semejante conclusión sería ella misma un resultado del análisis lógico formal. La lógica formal es el instrumento del análisis del lenguaje. La lógica formal es instrumento de la filosofía, incluso si la filosofía se concibe como incluyendo *algo más* —bastante más— que el análisis lógico del lenguaje. Aristóteles lo pensó hace ya tiempo. Y Frege, en el Prólogo de su *Begriffsschrift*, tras haber puesto de manifiesto las razones que le han impulsado a construir un lenguaje formal apto para expresar con precisión el aparato de la lógica deductiva y el análisis lógico de las nociones fundamentales de la aritmética, hace referencia al posible empleo de este lenguaje con fines filosóficos. En la medida en que es misión de la filosofía acabar con la sumisión del pensamiento al lenguaje, la “escritura conceptual”, dice Frege, pone en manos del filósofo un instrumento útil.⁴¹ Hemos intentado mostrar la posibilidad de demostrar que las

⁴⁰ STRAWSON: *Carnap's Views...*, cit., pp. 505-6.

⁴¹ FREGE: *Begriffsschrift, eine der arithmetischen nachgebildete Formelsprache der reinen Denkens*. Halle, 1879. 2a. ed.; *Begriffsschrift und*

palabras de Frege encierran a la vez un consejo útil y una verdad indudable. La presencia de la lógica formal en la filosofía es constante, profunda y útil. Más aún: es inevitable. Que la lógica formal sea instrumento de la actividad filosófica es condición para que la actividad filosófica exista.

Pero la filosofía puede ser algo más que análisis del lenguaje. Si las páginas precedentes de nuestro escrito pretenden constituir el esquema de una posible vía de crítica a la filosofía del lenguaje ordinario, las páginas que siguen pueden ser consideradas, no como un intento de dar una definición de la filosofía —delimitar el ámbito de la actividad filosófica es imposible—, sino como una cautelosa aproximación al problema de indicar cuáles son algunos de los caminos que la filosofía podría seguir. Vimos que Strawson señalaba cuatro posibles orientaciones de la actividad filosófica: la orientación analítica terapéutica, la orientación analítica sistemática, la orientación imaginativa explicativa y la orientación imaginativa constructiva. La filosofía, sin embargo, es algo más que análisis e imaginación. Podríamos también decir que la filosofía es efectivamente análisis e imaginación. Pero la “imaginación” filosófica no sería algo tan aséptico como piensa Strawson. Recordemos que el aspecto *explicativo* de la imaginación filosófica es aquel que consiste en intentar averiguar de qué forma el hecho de que nuestra estructura conceptual sea tal como es se *explica* por el hecho de que el mundo tiene una determinada estructura. Y el aspecto *inventivo* o *constructivo* es aquel cuyo objeto está constituido por la consideración de cómo podríamos conocer la estructura del mundo a través de una estructura conceptual distinta de la que de hecho poseemos. Pues bien: lo que Strawson presenta como dos aspectos alternativos de la misma actividad no serían sino dos momentos sucesivos de esa actividad, el segundo consecuencia del primero. Y lo que para Strawson es el estudio de cómo pensamos —aspecto explicativo— y de cómo *podríamos* pensar —aspecto imaginativo— se transforma en el estudio de cómo pensamos y de cómo *deberíamos* pensar.

La filosofía del lenguaje ordinario es una filosofía practicada sobre todo en la Universidad de Oxford (Inglaterra). La filosofía de los lenguajes formalizados es una filosofía cultivada preferentemente en los Estados Unidos. Decir esto, sabiendo cómo son actualmente la sociedad inglesa y la sociedad americana, y, por lo tanto,

andere Aufsätze. Ed. por Ignacio Angelelli. Hildesheim, Georg Olms Verlagsbuchhandlung, 1964, Vorwort, pp. XII-XIII.

la universidad inglesa y la universidad americana, es decir algo. La construcción del aparato de la lógica formal, y la adaptación minuciosa de este aparato a las complejidades del lenguaje ordinario son, en primer lugar, antídotos de la mala filosofía. Son también, desde un punto de vista más positivo, perfeccionamientos de la técnica de hacer filosofía, progresos en el método filosófico, enriquecimientos del instrumental de la filosofía, explicitaciones de la cobertura inevitable de toda actividad filosófica. Pero no toda actividad filosófica consiste en la aplicación de este método al lenguaje y a la relación entre lenguaje y mundo. Adaptando un pasaje del *Hamlet*, diríamos que “hay otras cosas en la tierra de las que también podría ocuparse la filosofía”. La filosofía podría ocuparse, por ejemplo, del examen de cómo pensamos el mundo y de cómo nos pensamos nosotros en el mundo, y, a la vista de todo ello, podría cuando fuera necesario, constituirse en teoría de cómo y por qué deberíamos pensar (es decir, actuar) de otra manera. La filosofía no debe tomar como modelo ni la religión ni la literatura. Sus modelos podrían ser la matemática y la biología.